



**SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN DE  
GÉNERO Y ESTUDIOS CULTURALES**

## **El erotismo prohibido: un mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder**

**The Forbidden Eroticism: a structured and structuring mechanism of power-based relationships**

**Ronald Andrés González Reyes**

*Universidad Nacional de Colombia*

[sigrodan@yahoo.com](mailto:sigrodan@yahoo.com)

Fecha de recepción:  
21/07/2013

Fecha de evaluación:  
24/09/2013

Fecha de aceptación:  
27/11/2013

### **Abstract:**

This document systematizes the main premises of a research project based on the forbidden eroticism, as a structured and structuring mechanism of power-based relationships that take place in patriarchal societies. The individual and collective practices of this power-based relationships are manifested in three dimensions: Decision making process, concrete relational environment, and the sense of praxis production. Reflections on this project are based on the hermeneutic and historic method which are applied to the main theories on power in two cinematographic productions that involve this topic, and the critical analysis of alternative thinking, experiencing, and comprehending sexuality that are socially judged of being “devious sexual practices”. Forbidden eroticism is built on a power mechanism, as a hinge dispositif, which allows us to understand sexuality from a political perspective weaving the existing relationships between state, family, public spaces and individual subjectivity which condition legally and morally people’s experiences of pleasure, enjoyment, and jouissance that re-produce discursive resistance practices, legitimizing or repressing the non-material dimension of their own sexuality. From this point of view the article attempts to expose how forbidden eroticism brings out the sexuality canon on which alternative forms are categorized as pathologies that threaten society’s control over people and its conception of normality based on a hetero-normal discipline that as a technology of the self, centers the function of sexuality as merely reproductive and linked to the family as the core of every society.

**Keywords:** forbidden eroticism; power mechanism; hetero-normative discipline; censored sexuality; code standardization; enjoyment - jouissance - pleasure.

**Resumen:**

El presente artículo sistematiza las tesis centrales de un ejercicio de investigación adelantado en torno al erotismo prohibido, en tanto mecanismo estructurado y estructurante de las relaciones de poder en las sociedades patriarcales, cuyo ejercicio por parte de actores individuales y colectivos se manifiesta en tres dimensiones, que son el proceso decisional, el ámbito relacional concreto y la producción del sentido de la praxis. La reflexión se realiza a partir del método histórico-hermenéutico aplicado a las principales teorías del poder, a dos producciones cinematográficas ineludibles en este campo y al análisis crítico de formas alternativas de pensar, experimentar y comprender la sexualidad, socialmente valoradas como «prácticas sexuales desviadas». El erotismo prohibido se constituye así en un mecanismo de poder que, a la manera de un dispositivo bisagra, permite comprender la sexualidad desde una perspectiva política, entretejiendo las relaciones existentes entre el Estado, la familia, el espacio de lo público y la subjetividad individual, que bajo la forma del control social, ya sea con la vía jurídica o de la sanción moral, condicionan la experiencia del goce, el placer y el disfrute de sujetos sexuados *re-creadores* de prácticas discursivas de resistencia, legitimación o represión de la dimensión *in-material* de su sexualidad. Desde esta perspectiva, a lo largo del artículo se explicará cómo el erotismo prohibido hace posible visibilizar el canon de la sexualidad con base en el cual se catalogan formas alternativas como patologías amenazadoras del control social del sujeto individual y colectivo y de la normalidad alcanzada a través de una disciplina heteronormativa que, en tanto tecnología del yo, centra la sexualidad en la función reproductiva ligada a la familia como núcleo de la sociedad.

**Palabras clave:** erotismo prohibido; mecanismo de poder; disciplina heteronormativa; sexualidad censurada; código de normalización; disfrute – goce – placer.

**0. Introducción**

El presente artículo es el resultado de un ejercicio de investigación en el campo de la sociología y la teoría política que, centrada en la relación entre derecho-sanción social, sexualidad y tradición explora el erotismo prohibido en tanto mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder, cuyo ejercicio por parte de actores individuales y colectivos se manifiesta en tres dimensiones, que son el proceso decisional, entendido como la disposición individual a la acción; el ámbito relacional concreto en términos de la interacción social en el marco de estructuras de poder y la producción del sentido de la praxis, referida a la *re-significación* de los factores y relaciones

sociales, tal como se evidencia en experiencias eróticas ligadas al homosexualismo, la prostitución o el sadomasoquismo.

Cabe destacar que el erotismo prohibido permite evidenciar prácticas y discursos de violencia simbólica o física contra la mujer y/o el hombre dentro de la estructura familiar y social, cuyo goce lleva a los sujetos a *re-plantear* su tradicional visión del mundo, evidenciando las turbulencias que se esconden detrás de la promesa no siempre cumplida de una vida sosegada y estable a través de la exploración y disfrute heterosexual de las emociones, el placer y la interacción social. Desde esta perspectiva, el erotismo prohibido representa una mirada alternativa en el marco de una sociedad posmoderna altamente cambiante, conflictiva y turbulenta, posibilitando así el reconocimiento y *re-construcción* de actitudes, discursos y prácticas que aparecen como comportamientos subversivos de un supuesto orden natural que, entre otras, invisibiliza y censura prácticas eróticas como es el caso de la prostitución o las relaciones homosexuales.

Si nos detenemos en el cine, podemos encontrar reflexiones profundas acerca de experiencias alternativas de disfrute, goce y placer, las cuales nos permiten identificar prácticas, actitudes y discursos ligados al erotismo prohibido en tanto mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder, como es el caso de la película *Fire*, en la que su directora Deepa Mehta, al presentar las dos posiciones mayoritarias acerca de la tradición, las creencias y los discursos de verdad presentes en la cultura India, logra plantear constantes reflexiones en torno al deseo y la sexualidad. En esta misma dirección se inscribe el film *Boys Don't Cry*, dirigido por Kimberly Peirce, quien, al retomar la historia de Teena, consigue reflejar la discriminación y marginación a la que se ven sujetos las personas homosexuales y transgeneristas, evidenciando de esta manera sus crisis, tensiones y miedos ante una sociedad sexualmente heteronormativa.

### **1. *Fire* y *Boys Don't Cry*: dos experiencias cinematográficas de denuncia**

*Fire* es la primera parte de una trilogía dirigida por Deepa Mehta, la cual se inicia con el estreno de *Fire* en 1996 y termina en 2005 con *Water*. A lo largo de su trabajo cinematográfico, Deepa Mehta ha desarrollado una labor de denuncia de las estructuras patriarcales, las disparidades entre los sexos y la exclusión femenina en la esfera de lo público, lo que ha derivado en que sea considerada por los sectores más tradicionales de la India como persona non grata.

Este film se desarrolla en Nueva Delhi, una ciudad a la que llega su protagonista Sita después de casarse con Jatin, quien la lleva a vivir a casa de su familia y en donde conoce a Radha, la esposa de su cuñado. Sita, aunque se casa siguiendo un compromiso contraído por su familia, refleja la actitud de inconformismo frente a la tradición y la sumisión de la mujer que sostienen algunos sectores de la India, en contraste con la figura de Radha,

una mujer consagrada al cuidado de su esposo y de su suegra, labor que alterna con el trabajo diario en su casa y en la cocina del restaurante, encarnando de esta manera el rol tradicional de la mujer en el contexto indio.

Por su parte, *Boys Don't Cry* se estrena justo cuando la opinión pública estadounidense se hallaba consternada por el asesinato de un joven por el simple hecho de ser homosexual, lo que renovó el interés por debatir públicamente la discriminación a la población LGBTI, que para amplios sectores estadounidenses se creía superada a partir de las reivindicaciones de los movimientos de contracultura y de las acciones políticas de personajes como Harvey Milk, quienes durante los 60 y 70 obtuvieron cargos de representación local y emprendieron acciones orientadas al reconocimiento y respeto de los derechos de la población LGBTI.

*Boys Don't Cry* es un film independiente dirigido por Kimberly Peirce y estrenado en 1999. Esta película se basa en la historia real de Brandon Teena, una joven que tras una evaluación psicológica es diagnosticada como una paciente con una grave crisis de identidad sexual, razón por la cual no es totalmente acertado definirla como lesbiana, a pesar de su atracción por las mujeres y su comportamiento claramente masculino. En la película, Teena es presentada como una joven virgen, aunque en realidad ella fue víctima de violaciones sistemáticas junto con su hermana mayor por parte de un familiar cuando aún eran niñas, situación que se convirtió en un argumento esgrimido por la fiscalía en el juicio por su homicidio.

A pesar que las dos películas se desarrollan en contextos culturales diferentes, con formas aparentemente distintas y hasta contradictorias de asumir y comprender la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo, en ambas propuestas audiovisuales es posible evidenciar un erotismo de tipo lésbico que, en el marco de una sociedad sexualmente heteronormativa, es invisibilizado y censurado bajo el mecanismo de poder conocido como erotismo prohibido.

## **2. El erotismo prohibido en tanto mecanismo de poder**

Las sociedades patriarcales a pesar de su multiplicidad, diversidad y multidimensionalidad tienen como rasgo común el hecho de que desarrollan una estructura de poder que, sustentada en atribuciones normalizadas ligadas al sexo, condiciona las relaciones sociales entre los sujetos, individuales y colectivos, determinando el disfrute, goce, proyección y comprensión del cuerpo, el género, el deseo y la identidad sexual, a la vez que invisibiliza y censura experiencias contrarias y/o alternativas al corpus de la disciplina heteronormativa, enmarcándolas como prácticas discursivas de erotismo prohibido.

Es en esta dirección en la que se comprenderá el concepto de erotismo prohibido, el cual es definido como un mecanismo de poder propio de la sociedad sexualmente heteronormativa cuyo ejercicio, por parte de actores individuales y colectivos, se manifiesta en tres dimensiones, que son el pro-

ceso decisional, el ámbito relacional concreto y la producción del sentido de la praxis. Este mecanismo está orientado a invisibilizar y censurar expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo, que no se inscriban en la disciplina heteronormativa, la cual, basada en un código normal/anormal, trata de naturalizar la técnica de subjetivación que representa la heterosexualidad.

De ahí que el erotismo prohibido resulte ser un mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder, inserto en sistemas simbólicos heteronormativos subyacentes principalmente en los medios de organización trascendente, centralizado-territorial y concentrado-coercitivo.

Para comprender el alcance y las limitaciones de esta definición de erotismo prohibido se hace indispensable abordar analíticamente los elementos y conceptos que le han servido de base, los cuales, han sido retomados de las teorías del poder formuladas por Spinoza, Luhmann, Mann, Bourdieu, Foucault, Lukes y Múnera. Con este propósito, se adelantará un diálogo crítico entre dichos autores con el fin de esclarecer sus aportaciones teóricas al análisis del erotismo prohibido, en tanto mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder.

Cabe aclarar en este punto que la referencia a Múnera se concentrará en su definición de poder como relación social en la que hay un ejercicio social de la fuerza (Múnera, 1996: 56), que a partir de una relectura del poder desde las tensiones consenso-fuerza y capacidad-praxis social (Múnera, 2005: 32-49), le permiten identificar como dimensiones del poder el proceso decisional, al ámbito relacional concreto y la producción del sentido de la praxis:

Las dimensiones relacionales nos permiten definir el poder como ejercicio directo, indirecto o internalizado de la fuerza por actores presentes o ausentes en el contexto de una relación social. Ejercicio que altera el sentido de la praxis del actor o los actores sobre los cuales recae, en función de los intereses de quien lo realiza. Además del sentido, el poder conlleva la racionalidad instrumental, entendida como el cálculo de los medios necesarios para hacer efectiva una fuerza en el contexto de una relación social, y lo simbólico-afectivo, implícito en los rituales, mitos o prejuicios que lo animan. Las estrategias y los mecanismos lo hacen efectivo, le otorgan vida como práctica social (Múnera, 1996: 67).

Desde esta perspectiva, es posible comprender el poder como una relación social mediada por el ejercicio socialmente construido de la fuerza que, expresada en términos de condicionamientos sociales a la acción individual y colectiva, determina estructuralmente la vida de los sujetos, individuales y colectivos, ya sea de manera directa, como en el caso del marco jurídico, o indirectamente, como sucede con los preceptos morales, o

en forma internalizada, como pasa con los principios éticos en los que un sujeto basa su personalidad.

Esta relación social resulta fundamental toda vez que es capaz de condicionar no solo la disposición a la acción, sino que además estructura el marco en el que se desarrollan las interacciones entre actores y altera la significación y apropiación de la praxis discursiva por parte del individuo o comunidad, que aparece así como un sujeto constituyente de las mismas relaciones de poder que lo *re-construyen* permanentemente.

Sin embargo, como permite evidenciar el presente análisis del erotismo prohibido, el planteamiento de Múnera se ve limitado, no en la definición de poder sino en el abordaje de las estrategias y mecanismos, ya que, si los mecanismos son la dominación, la resistencia, la emancipación y la negociación (Múnera, 1996: 69) y las estrategias son las prácticas sociales –en las que los medios, fines y recursos son *re-definidos* dentro de los horizontes de sentido de los actores– de cuya articulación dependen los mecanismos (Múnera, 1996: 69), no queda muy claro dónde ubicar las disciplinas, dispositivos e instrumentos que permiten el ejercicio del poder, pues en la caracterización de Múnera solo existen cuatro mecanismos e infinidad de estrategias, que según el mismo autor son el arte de hacer efectiva la fuerza para convertirla en poder (Múnera, 1996: 69), lo que dificulta caracterizar de manera específica estos otros elementos presentes en el ejercicio social de la fuerza y que resultan fundamentales para analizar el erotismo prohibido en tanto mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder.

La definición de erotismo prohibido, anteriormente esbozada, parte de la consideración de este como un mecanismo de poder, lo que en términos foucaultianos implica entender el poder no como una sustancia que procede de algún lugar, sino como un conjunto de mecanismos y procedimientos orientados a instaurar, asegurar y/o transformar una estrategia política (Foucault, 2006: 16) que, siguiendo a Múnera, es ejercida por los sujetos en sus relaciones sociales concretas y, de forma estructural, por los representantes de grupos o instituciones «con prácticas socialmente estables y culturalmente configuradas» (Múnera, 1996: 62), definición que se acerca al concepto de clase de Bourdieu.

Desde esta perspectiva, el erotismo prohibido no es un mecanismo que se funde o aparece por sí mismo, ni mucho menos que se asegure y/o transforme por su propia naturaleza y desarrollo, sino que se trata de un mecanismo que estructura relaciones de poder a partir de su inserción en una disciplina heteronormativa que lo condiciona. Sin embargo, como bien permite evidenciar Bourdieu, en la comprensión foucaultiana es necesario resaltar el hecho de que este mecanismo, aunque esté inscrito en una disciplina desarrollada por una estrategia política, esto es, una estrategia general de poder, no solo es un mecanismo estructurado, sino que también estructura la misma disciplina de la que hace parte. Es así como el erotismo prohibido,

retomando a Bourdieu y Foucault, se constituye en un mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder.

### **3. La sociedad sexualmente heteronormativa del erotismo prohibido**

El erotismo prohibido es más que el simple mecanismo de una disciplina de control, ya que, al existir una correspondencia entre dicha disciplina y una estrategia general de poder, se hace indispensable situarlo como un efecto de saber propio de la sociedad sexualmente heteronormativa (Foucault, 2006: 17), siendo el resultado de relaciones de poder y estrategias de confrontación que se manifiestan en enfrentamientos, luchas, tácticas y hasta estructuras de dominación que expresan el ejercicio mismo del poder (Foucault, 1991: 100), determinando así el proceso decisional, el ámbito relacional concreto y la producción del sentido de la praxis por parte de los actores individuales y colectivos (Múnera, 1996: 62).

Esta relación de confrontación se configura en lo que Bourdieu denomina campo, entendido como un entramado constituido por relaciones objetivas de posicionamiento de los sujetos, individuales y colectivos, las cuales gozan de una existencia objetiva y de horizontes de sentido que condicionan las prácticas discursivas de los actores, al tiempo que, a través de las distintas relaciones de dominación, subordinación u homología, definen roles reales y potenciales al interior de las estructuras de poder de diversa índole que componen el campo y que sirven de criterio para determinar el acceso a los beneficios que están en juego. Al respecto Bourdieu sostiene que

un campo se define, entre otras formas, definiendo aquello que está en juego y los intereses específicos, que son irreducibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios (...) Para que funcione un campo, es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar, que esté: dotada de los *habitus* que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes immanentes al juego, de lo que está en juego, etcétera (Bourdieu, 2002: 120).

Desde esta perspectiva, el campo no es ni una creación deliberada de un actor particular ni un ordenamiento estático, sino que más bien se trata de un entramado complejo de posiciones en confrontación en las que los actores sociales buscan obtener beneficios de acuerdo con los intereses hegemónicos del campo o de otros campos que son interiorizados como propios por el sujeto individual o colectivo, que terminan cumpliendo las veces de reconocimiento del valor de la interacción al interior del campo.

Desde esta comprensión de la relación de confrontación en términos de campo, la sexualidad heteronormativa aparece como un escenario limitado de lucha que, siguiendo regularidades y reglas, permite el enfrentamiento entre actores sociales con fuerzas desiguales que en los momentos de crisis cuestionan las mismas reglas de la sociedad sexualmente heteronormativa

(Morales de Setién, 2000: 62), que configura una disciplina propia que, a través de mecanismos como el del erotismo prohibido, trata de invisibilizar y censurar expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo.

En este campo que constituye la sexualidad, se enfrentarán permanentemente concepciones que operan de acuerdo con las reglas de conducta que instaura la disciplina heteronormativa, la cual presenta dichas reglas como carentes de valoración objetiva y necesaria para el desarrollo de la especie y la correcta interacción de los sexos, asegurando de esta manera la relación de fuerzas presentes tradicionalmente en la sociedad no solo en lo relacionado con la sexualidad sino también con el resto del espacio social (Morales de Setién, 2000: 63-64), esto es, de las relaciones sociales de poder.

Si se entiende la sexualidad como un campo que instaura una disciplina heteronormativa de la que hace parte un mecanismo de poder denominado erotismo prohibido, es posible comprender la sociedad sexualmente heteronormativa como el espacio social, definido por Bourdieu como el conjunto de relaciones estructurado por la cantidad y la misma estructura de capital existente entre los actores sociales (Morales de Setién, 2000: 66), siendo entonces un dinámico espacio relacional en permanente cambio y *re-definición* a partir de hábitos que, al reforzar las posiciones de los actores, se constituyen en lo que Foucault denomina relaciones de poder y estrategias de confrontación (Foucault, 1991: 100-101).

Esto significa que la sociedad sexualmente heteronormativa se halla en permanente cambio y *re-definición*. Los hábitos definidos por las relaciones de poder, que se expresan en términos de un sistema de correlación entre mecanismos jurídico-legales, mecanismos disciplinarios y mecanismos de seguridad (esto es, un dispositivo de poder) (Foucault, 2006: 20-21), y por las estrategias de confrontación *re-crean* un movimiento constante entre dominación, resistencia, negociación y emancipación (Múnera, 1996: 55). Este movimiento es capaz hasta de cuestionar la producción del sentido de la praxis, guiado por la disciplina heteronormativa en la que se sustenta la sociedad (Morales de Setién, 2000: 63-64), cuya generalización dependería desde la óptica de Luhmann de la ampliación de su espectro de influencia social, entendida como las disposiciones comunicativas que se especializan en «obligar el comportamiento del otro tratando de no utilizar en primer lugar la violencia física» (Torres, 2004: 120), mientras que, desde la perspectiva de Múnera, su ejercicio social dependería de la alteración, en función de los intereses de quien ejerce el poder, de la internalización del dispositivo de poder (Múnera, 1996: 66), asumiendo como suyo el cuestionamiento y/o *re-planteamiento* de la producción del sentido de las expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo.



#### 4. La disciplina heteronormativa en la que se inscribe el erotismo prohibido

La relación compleja entre relaciones de poder y estrategias de confrontación alude en el fondo a la comprensión del poder como praxis, tal como la plantea Spinoza a partir de su concepto de potencia, lo que permite abordar la tensión *ley humana/realización y propia existencia de lo singular* que subyace en el erotismo prohibido, y que es escenificada magistralmente por las dos películas mencionadas.

En este punto, la película *Fire* resulta reveladora, pues la relación entre Sita y Radha comienza no solo en la realización conjunta del trabajo de la casa y el restaurante, sino fundamentalmente en las conversaciones que mantienen en los ratos libres, en donde Sita plantea su postura ante la situación de dominación a la que se ve sometida la mujer en la sociedad india que, si se siguiera la óptica luhmanniana de la ampliación del espectro de influencia social, llevaría a decir que Sita terminó forzando el comportamiento de Radha a través de su capacidad discursiva, cuando en realidad lo que evidencia la película es la internalización de las posturas de Sita que llevan a Radha a asumir como propio dicho cuestionamiento, sin terminar en una simple repetición, sino que como resultado de dicho proceso de *re-apropiación*, le permiten *re-plantear* su posición frente a su esposo, resistiendo y finalmente emancipándose del papel que este le había asignado, de acuerdo con sus propios intereses de iluminación espiritual.

Esta tensión entre lo normalizado socialmente y la autorrealización de lo singular refiere a la constatación de que la disciplina heteronormativa (expresada a través de un dispositivo de poder), en tanto ley humana, se expide con el fin de que sea cumplida so pena de castigo, bajo el supuesto de que esta disciplina permite superar las pasiones humanas mediante el intercambio con las otras singularidades, lo que al crear autolimitaciones posibilita trascender la infinita limitación y prepotencia de la singularidad que lo lleva a cultivar pasiones de autodestrucción (Spinoza, 1985: 57-58).

No obstante, contrario a lo sostenido por Spinoza, tal como se puede constatar en los dos films, la disciplina heteronormativa es una expresión más que de limitación, de invisibilización y censura de expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo. Esta disciplina impide a la particularidad ser libre, pues la capacidad de ser en la propia limitación se halla supeditada a un dispositivo de poder que valora la sexualidad y el erotismo y, con ello, la realización del todo solo desde la función reproductiva, lo que explica que las protagonistas, en el caso de las dos películas, se vean presionadas a vivir de acuerdo con las limitaciones y determinantes impuestos socialmente, a pesar de que sus prácticas, expresiones y actitudes responden a claros procesos de *de-construcción*.

En este sentido, el erotismo prohibido no es un mecanismo de poder enfocado en limitar bajo la forma de una ley humana el disfrute y construc-

ción de la sexualidad y la subjetividad, sino que se trata ante todo de un mecanismo que vehicula la disciplina heteronormativa a través de la invisibilización de prácticas discursivas, no como una estrategia para superar las pasiones humanas en los términos spinozianos sino como un ejercicio de dominación que coarta las interacciones inter- e intrasingulares mediante el desconocimiento que opera, ya no desde un código de autolimitaciones sino más bien de desdibujamiento de las experiencias eróticas subalternas.

La irrupción de estas experiencias subalternas, que en el mejor de los casos son asumidas bajo la forma de aberraciones o trastornos, imposibilita el intercambio con singularidades diversas en la medida en que anula la diferencia con el código normal/anormal, desconociendo otras formas de ser y estar, lo que crea la anulación de sujetos individuales y colectivos en lugar de promover la autolimitación en el marco de la complejidad de la existencia humana.

De esta manera, el esquema de autolimitación spinoziano, como estrategia de superación de la infinita limitación y prepotencia de la singularidad, queda imposibilitado de ser realizado, lo que deriva en prácticas discursivas que enajenan y reducen la diversidad y multidimensionalidad de lo humano, además de representar, ante todo, afinadas técnicas de subjetivación binaria que invisibilizan la diferencia y condenan al anonimato, la aberración o la *in-existencia* a formas complejas de interacción humana que escapen a la dualidad sexista que contiene en sí misma una fuerza autodestructiva, en la medida en que no permite la autorrealización del género humano.

Las películas evidencian entonces las tergiversaciones a las que lleva la comprensión y definición restringida de la naturaleza colectiva del ser humano, que a través de mecanismos como el del erotismo prohibido terminan limitando la propia potencia, esto es, la capacidad de ser (Visentin, 2005: 116-117), creando una primacía de la disciplina heteronormativa (ley humana) sobre el derecho natural (realización y propia existencia de lo singular). Spinoza sostendrá al respecto que el derecho natural solo prohíbe lo que nadie desea o puede, debido a que, al trascender la limitación de las leyes de la razón humana que buscan la utilidad y la autoconservación de la especie (Spinoza, 1986: 89-90), se orienta por el orden eterno de la naturaleza múltiple y diversa (Visentin, 2005: 119), que en determinado momento puede ser incomprensible para los seres humanos que solo conocen la realidad de manera parcial a partir de códigos como el de normalidad/anormalidad (Spinoza, 1985: 56).

Pese a lo anterior, Spinoza, al desarrollar la noción de acuerdo como unión de fuerzas entre singularidades (Visentin, 2005: 120), sostiene que esta unión se traduce en un aumento de poder y por tanto más derecho sobre la naturaleza que cada singularidad por separado (Spinoza, 1986: 93), lo que termina siendo funcional para la legitimación de la sociedad sexualmente heteronormativa, cuya disciplina se presenta en términos de un acuerdo que, bajo el amparo estatal, representa una suma de vínculos, capaz de «estable-

cer, interpretar y abolir los derechos» (Spinoza, 1986: 94), que pasan a ser comunes, esto es, un asunto público (Spinoza, 1986: 112-116).

Michael Mann, desde la misma definición de sociedad, permite desvirtuar la consideración spinoziana del Estado a partir de una *sola mente* que guía el poder de la multitud, al destacar que la sociedad está conformada por múltiples redes socioespaciales de poder superpuestas, confederadas e intersectadas que se expresan en organizaciones y medios institucionales con medios de organización concretos para alcanzar objetivos humanos (Mann, 1991: 14), razón por la cual no es posible hablar de una totalidad delimitada (Mann, 1991: 31).

Teniendo en cuenta que en este modelo el poder es entendido como la «capacidad para perseguir y alcanzar objetivos mediante el dominio del medio en el que habita uno» (Mann, 1991: 21), el erotismo prohibido, al ser un mecanismo, respondería a un esfuerzo de institucionalización de la disciplina heteronormativa que, a través de un dispositivo de poder, en tanto sistema de correlación entre mecanismos jurídico-legales, mecanismos disciplinarios y mecanismos de seguridad, logra establecer ciertos objetivos colectivos rutinarios en torno a la sexualidad, siendo que la misma heteronormatividad, esto es el aspecto distributivo del poder, pasa a ser una característica institucionalizada de la vida social, la cual, más que ser una forma de poder legítima sobre la sociedad (autoridad en el sentido de Mann), es ante todo una forma de organización de poder colectivo y distributivo.

Continuando con Mann, mientras la disciplina heteronormativa cuenta con un claro poder intensivo expresado por el poder autoritario de su dispositivo de poder (infraestructura logística de la heteronormatividad), que cuenta con la capacidad para obtener un alto grado de cumplimiento por parte de los sujetos, el erotismo prohibido se erige en un mecanismo de poder extensivo y difuso (infraestructura tendencialmente universal de la heteronormatividad) que contribuye a la organización de la sociedad como una sociedad sexualmente heteronormativa, extendiéndose por toda la población a través de prácticas similares que pasan a ser naturales, morales y de interés común (Mann, 1991: 23), lo que explica que el erotismo, en tanto mecanismo de poder extensivo y difuso, no pase directamente por organizaciones autoritarias concretas, aunque su cumplimiento sí se halla asegurado por una disciplina intensiva con un dispositivo de poder autoritario; de ahí que el erotismo prohibido se exprese de manera directa en procesos tales como el de la socialización primaria y secundaria o la religiosidad.

## **5. El erotismo prohibido como surgimiento intersticial**

No obstante, las mismas expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo que trata de invisibilizar y censurar el erotismo prohibido se erigen en procesos de surgimiento intersticial que, tal como los define Mann, «son el resultado del traslado de objetivos humanos a medios de organización» (Mann, 1991: 34),

ya que, aunque se trate de un mecanismo inserto en una disciplina heteronormativa, no posee el grado de organización necesario para impedir emergencias intersticiales de este tipo, las cuales permiten comprender la técnica de subjetivación que representa la heterosexualidad y cuya influencia social es más amplia y reconocible en los medios de organización trascendente, centralizado-territorial y concentrado-coercitivo, en los que emergen como configuraciones rivales. Este fenómeno responde a lo que Mann aborda como funcionalismo promiscuo (Mann, 1991: 36), en el que las organizaciones y funciones se entrecruzan rompiendo el principio luhmanniano de la relación igualitaria entre operación y organización (sistema), pues la vida social ni es una división intrincada de subsistemas, cada uno con un bloque de instituciones, medios, funciones y una única operación, ni tampoco responde a relaciones entre sus componentes como si se tratara de objetos externos.

En este funcionalismo promiscuo, el erotismo prohibido se inserta en sistemas simbólicos heteronormativos subyacentes, principalmente en los medios de organización trascendente, centralizado-territorial y concentrado-coercitivo, los cuales se entrecruzan en la definición, cumplimiento y vigilancia de la disciplina heteronormativa (en tanto, configuración dominante de poder), desempeñando de esta manera roles jurídico-legales, disciplinarios y de seguridad que no se corresponderían con la distribución tradicional de funciones y organizaciones que plantean autores como Luhmann, Poulantzas, Boulding, Weber o Marx.

En este sentido, el erotismo prohibido en el medio de organización trascendente se expresa como un mecanismo que impone conceptos y categorías de significado sobre la sexualidad, los cuales permiten instaurar en el espacio social una serie de prácticas estéticas/rituales con poder extensivo y difuso, que hace del erotismo prohibido un mecanismo socioespacialmente trascendente (rebasando el campo de influencia de las instituciones) y como moral inmanente (intensificando y/o reforzando la cohesión y confianza de la sociedad en torno a la heteronormatividad), inserto en sistemas simbólicos heteronormativos subyacentes en el medio de organización centralizado-territorial, medio en el que se expresa a través del dispositivo de poder que configura la disciplina heteronormativa, el cual define, cumple y vigila a partir de una regulación centralizada, institucionalizada y territorializada que materializa el Estado nación dentro del espacio social (Mann, 1991: 49).

El erotismo prohibido se inserta también en sistemas simbólicos heteronormativos subyacentes en el medio de organización concentrado-coercitivo que, frente a expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo no inscritas en la disciplina heteronormativa, ejecutan castigos que provienen tanto de la estructura estatal, cuando el mismo dispositivo de poder contempla un castigo penal moderado o extremo (pena de muerte), como de la acción violenta, ilegítima desde el punto de vista del Estado, ejecutada por actores sociales heteronormativos radicales (Mann, 1991: 47).

En este sentido, es notoria la limitación de la teoría de Mann al desconocer la importancia de aspectos tales como el arte, las expresiones culturales y la sexualidad, que a pesar de poder ser analizadas a partir de su intersección, superposición y confederación en las 4 fuentes de poder social, configuran un sinnúmero de redes de cooperación cuya especificidad no se puede abordar desde la arquitectura teórica que construye Mann.

No obstante, el análisis de la inserción del erotismo prohibido en los medios de organización trascendente, centralizado-territorial y concentrado-coercitivo posibilita identificar las limitaciones de la noción de contención social que plantea Luhmann, quien atribuye a esta noción, la función de facilitar la realización de contactos libres de «asperezas y sin que las diferencias de horizonte de la vivencia personal conduzcan directamente a relaciones conflictivas» (Torres, 2004: 95). Demuestra que las relaciones conflictivas no se reducen simplemente a una red de garantías, como lo supone Luhmann, y que son estas mismas conductas disciplinadas, que se pretenden aplicar a todas las relaciones sociales, las que originan las relaciones conflictivas al tratar de invisibilizar y censurar lo que Luhmann denomina diferencias de horizonte de la vivencia personal.

Sin embargo, la noción de contención social, al ser planteada desde la definición luhmanniana de poder como medio simbólico de comunicación guiado por un código (Torres, 2004: 98-99), permite entender el erotismo prohibido como un mecanismo de poder que, al estar inscrito en una disciplina heteronormativa, se construye sistémicamente como un mecanismo de contención social basado en el código normal / anormal que, al ser altamente especializado, posibilita generar alternativas sistémicas que den una articulación funcional a la sexualidad autorreferente (Torres, 2004: 145). Esto conlleva que dicho código aparezca como una reduplicación de la sociedad sexualmente heteronormativa, que somete a la sexualidad a una asimetría que, bajo la forma de una distinción entre un valor positivo y uno negativo, es capaz de diferenciar, invisibilizar y censurar distintas expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo.

De ahí que las distinciones entre bueno/malo, virtud/necesidad, derecho/no derecho, moral/inmoral, verdadero/falso, bello/feo, asco/agrado, aversión/simpatía y repulsión/atracción, asociadas al erotismo prohibido sean simples expresiones del código normal/anormal en el que se fundamenta la disciplina heteronormativa (Torres, 2004: 150). Desde esta perspectiva, el lado positivo del código (valor de designación), esto es, lo normal, señala lo que es la sexualidad, mientras que el lado negativo (valor de reflexión), es decir, lo anormal, puede llegar a complementar el valor de designación (Torres, 2004: 146) en los casos en los que las observaciones a la operación de la sociedad sexualmente heteronormativa abordan lo normal como simples informaciones o procesos (Torres, 2004: 146).

Esto se evidencia cuando, al final de la película *Boys Don't Cry*, la policía sostiene que el caso de Teena es un caso de indefinición sexual propio

de la adolescencia y, en casos como el de *Revista Acento*, en los que se trata de posicionar el erotismo prohibido dentro del lado positivo del código, sin cuestionar la misma existencia arbitraria y el ejercicio de dominación que implica el código normal/anormal, a partir de argumentos como «todos tenemos experiencias bisexuales durante la pubertad» o «los gays están en todas partes y familias» (Consejo Editorial, 1997: 12-18). Estas estrategias de inserción del erotismo prohibido basadas en el código normal/anormal desconocen la persecución de la que han sido objeto, tanto en el ámbito relacional concreto, como a nivel de la producción del sentido de la praxis y del proceso decisional, los sujetos homoeróticos al considerárseles pecadores, poseídos por fuerzas malignas, delincuentes, anormales y/o enfermos.

Sin embargo, la efectividad del código normal/anormal deriva de su pretensión de naturalizar la técnica de subjetivación que representa la heterosexualidad (Foucault, 1991: 87), que conlleva que el erotismo se codifique mediante el rol sexual y el desarrollo de mecanismos que potencien el papel de la amenaza sin llegar a su aplicación, configurando una

red increíblemente fina de regulaciones en las que el medio funciona tan solo gracias a la «presencia de lo excluido» [...] sobre esta presencia de lo excluido se sostiene toda la especificidad del medio del poder: su capacidad de mistificación (Torres, 2004: 127).

Desde la perspectiva de Foucault, se puede sostener que no se trata del medio como lo excluido, ni siquiera del medio como lo irreconocido, sino más bien del medio como lo que no se quiere hacer, en donde la amenaza no se cumplirá en ningún caso porque se busca ejercer modos de acción sobre las acciones de los otros (Foucault, 1991: 86). Esto lo problematiza aún más Butler, quien señala las dificultades de las nominaciones lesbiana o gay, impuestas a través de mecanismos como el del erotismo prohibido, las cuales no denotan la pluralidad, la particularidad de las subjetividades articuladas en torno al homoerotismo, además de connotar una carga negativa sobre dichas prácticas, discursos y saberes (Butler, 2001: 12-19).

En el caso de *Fire*, estas dificultades de las nominaciones son más complejas, pues se escenifica una práctica social de ostracismo que ignora la existencia del homoerotismo femenino y con ello busca su erradicación y muerte social, lo que explica que no haya ni siquiera enunciación y se constituya en un ejercicio de dominación que desconoce un sujeto colectivo.

En este sentido, la teoría de Luhmann resulta limitada para analizar el erotismo prohibido en tanto mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder inserto en sistemas simbólicos heteronormativos, ya que, al plantear la sociedad como un conjunto articulado sistémicamente, con un orden sistémico originado a partir de la forma comunicación, desconoce los sistemas simbólicos, esto es, el mismo contenido de la comunicación, que es irreducible a lo que Luhmann denomina alternativas sistémicas. En el caso de la sexualidad resulta fundamental, entonces, examinar el contenido de la

misma disciplina heteronormativa y, dentro de ella, el contenido de mecanismos como el del erotismo prohibido, lo que exige trascender la teoría Luhmanniana no solo desde el contenido de los subsistemas sociales, sino también desde la perspectiva de un agente comunicante que no solo selecciona alternativas sistémicas, sino que también es un sujeto socialmente determinado y determinante a través de mecanismos como el erotismo prohibido, ya que, tal como destaca Herbert Marcuse,

la libre elección de amos no suprime ni a los amos ni a los esclavos. Escoger libremente entre una amplia variedad de bienes y servicios no significa libertad, si estos bienes y servicios sostienen controles sociales sobre una vida de temor y de trabajo, esto es, si sostienen la alienación. Y la reproducción espontánea por los individuos, de necesidades superimpuestas no establece la autonomía; solo prueba la eficacia de los controles (Marcuse, 1968: 29-30).

Luhmann desconoce entonces la forma de control social que realizan mecanismos como el erotismo prohibido, que en el marco del capitalismo liberal pasan a reemplazar las estrategias y procedimientos disciplinarios centrados en la sujeción directa de los actores sociales, instaurando de esta manera disciplinas como la de mercado o la heteronormativa, que sustituyen la reglamentación puntual y estricta sobre los sujetos, siguiendo de esta manera una lógica centrada en mecanismos de seguridad (Foucault, 2006: 21-23).

A pesar de esta limitación, la teoría de Luhmann posibilita romper con las conceptualizaciones de poder como potencia, sosteniendo en cambio que el poder que no se utiliza, esto es, que no adquiere forma operativa, no es poder, lo que remite a la necesidad de un medio que se haga operativo mediante su forma compuesta por dos lados asimétricos que se apoyan mutuamente. En este sentido, el medio debe ser entendido como elementos acoplados de manera flexible (lado externo del medio), mientras que las formas son elementos acoplados de manera rígida (lado interno del medio), siendo este acoplamiento rígido el que permite la aplicación operativa del medio (formas construidas), y el acoplamiento flexible el que proporciona la libertad y selectividad (sustrato medial) necesaria para especificar nuevas combinaciones que deriven en nuevos acoplamientos rígidos (Torres, 2004: 116-117).

No obstante, esta crítica a lo que Luhmann denomina el origen de la tragedia de la política (Torres, 2004: 117), la extiende hasta el punto de criticar también la misma posibilidad de subvertir el poder, que reduce a un simple esfuerzo por provocar el poder como unidad con el fin de afectar su cualidad de símbolo, lo que sin lugar a dudas no solo desvirtúa la misma lucha contra el poder, sino que desconoce la existencia de relaciones de dominación. Para Luhmann, lo que se presenta entonces no son relaciones de do-

minación que exijan subversión del poder, sino un proceso de simbolización del poder que no

trata tan solo de banderas y desfiles (paradas), de arreglos oficiales y de la visibilidad del titular del poder, sino del negocio ordinario de elaborar planes causales y de imponerlos en contra de la resistencia, ya que siempre el otro lado –la oposición– está latente (Torres, 2004: 119).

Frente a esta posición, autores como Pierre Bourdieu y Judith Butler han demostrado cómo este proceso de simbolización de poder no se realiza como una simple acción sistémica donde el agente reacciona frente a una oposición latente que le exige planificar sus acciones, sino que en el mismo espacio social se constituyen campos de lucha permanente entre actores sociales con fuerzas desiguales, generándose resistencias frente al poder a partir de sistemas simbólicos alternativos a los promovidos por la cultura dominante.

Desde esta perspectiva, el erotismo prohibido debe comprenderse como un mecanismo de poder inserto en sistemas simbólicos heteronormativos, que no solo ejercen una influencia social en el sentido luhmanniano, sino que también se constituyen en expresiones del poder político, el cual trasciende de esta manera la esfera institucional o de subsistema que le confiere Luhmann a lo largo de su teoría y que lo lleva, entre otras cosas, a sostener que «es decisivo que toda influencia social mediada por una sanción se lleve a efecto mediante comunicación» (Torres, 2004: 120).

En este punto aparece una limitación de la teoría luhmanniana, ya que, al determinar la operación del sistema social (y por ende todas sus funciones y procesos, entre los que se encuentra la influencia social) exclusivamente en términos de comunicación, esta desconoce que existen relaciones de poder que no pasan por la comunicación, y que por tanto existen procesos de influencia social que no se tramitan a través de la comunicación, sino que se manifiestan a partir de gestos que, de acuerdo con el contexto, hacen suponer un castigo, aunque no se especifique su forma, condiciones o duración. Un ejemplo de esta expresión gestual se escenifica en *Fire*, cuando el empleado de la casa se masturba en presencia de la abuelita, quien reacciona con gestos y sonidos de reprobación cuya influencia sobre la acción del empleado, contrariamente a lo que plantea Luhmann (Torres, 2004: 120), no se puede tipificar ni delimitar, ya que no se valora la acción de la abuelita como una influencia social de sanción negativa, mientras que cuando la abuelita realiza estos mismos gestos y sonidos reprobando la acción de Radha, esta sí los asume como una influencia que sanciona negativamente sus actos.

En el contexto luhmanniano, la influencia se articula de manera irrestricta a la comunicación, al punto que aquello que no se participa comunicativamente, dice Luhmann, no puede ser objeto de que se le preste atención (Torres, 2004: 121), perspectiva que se desvirtúa en la película *Fire*, en la



que se evidencia que en la sociedad india no existe una palabra para designar el lesbianismo, constituyéndose en una forma del mecanismo de poder caracterizado como erotismo prohibido, en el que no se censura directamente, sino que lo que se hace es invisibilizarlo lingüísticamente, pretendiendo fallidamente erradicarlo. Sin embargo, es posible sostener que la tesis de Luhmann es aplicable para el ámbito institucional, donde las demandas se tramitan a partir de su participación/exposición/divulgación a través de la comunicación.

Si se continúa analizando la influencia social tal como la entiende Luhmann, es posible evidenciar que, en contra de la tesis según la cual los participantes, al orientarse por un sistema social, temen causar disgusto y buscan alcanzar y conservar la posición positiva basada en un cálculo racional que trata de disminuir las desventajas (Torres, 2004: 121), lo que se presenta en el film *Boys Don't Cry* es la reivindicación de lo afectivo en las decisiones de los actores sociales, que no se hallan determinados solamente por un cálculo racional sino que, tal como sucede con Teena, buscan realizarse, renunciando a una posición positiva que, en este caso, sería encaminar su sexualidad dentro de la disciplina heteronormativa.

Esta limitación luhmanniana se ve profundizada por su comprensión de la solidaridad como un desarrollo posterior al cálculo individual, siendo entonces un cálculo generalizado que el agente particular se puede ahorrar (Torres, 2004: 121), concepción que resulta contraria a la postura spinoziana que entiende la totalidad en relación con la realización de la particularidad. Como en Luhmann, el cálculo racional resulta indispensable; el autor sostendrá que el medio del poder funciona tan solo cuando «ambos bandos conocen y tratan de evitar la alternativa de soslayo que representa la realización de la alternativa menos desagradable». En este sentido, el medio funciona sobre la base de una ficción que es el castigo, en tanto segunda realidad que no es realizable y que, como se demuestra en la película *Fire*, ni siquiera es posible de constatar la posibilidad de su ejecución. Además, si en este mismo film el medio del poder funciona sin que las partes conozcan la alternativa de soslayo por la vía de la comunicación, en la película *Boys Don't Cry* las sanciones negativas que ejecutan los «amigos» de Teena, en vez de solucionar el problema, como lo sostiene Luhmann, lo que terminan haciendo es anulando cualquier cálculo del empleo de la violencia física, profundizando la misma inestabilidad que se quería erradicar, al asesinar a Teena y su amiga Lisa Lambert (Candance en la película). Esta última situación, a su vez, representa un rompimiento en el poder ejercido por la policía, que en apariencia es fuerte, aunque para John y Tom resultaba claro que la misma policía no podría reaccionar ante la violación si no contaba con una denuncia por parte de Teena.

## 6. El poder y la subjetividad en el interior del erotismo prohibido

En la mirada sistémica de Luhmann, el poder solo puede operar en el marco de la función política (Torres, 2004: 140), que lo lleva a considerar que el poder político solo se realiza a partir del proceso de diferenciación del sistema político, lo que en últimas significa una distinción entre poder difusamente distribuido en la sociedad y poder político, que es el que Luhmann considera como el poder en sí debido a su peculiaridad sistémica (Torres, 2004: 176). De ahí que existan una serie de problemas que, mientras el sistema político no politice, no se erigen en conflictos sistémicos, como puede ser el caso de la violencia simbólica contra la mujer en los términos en los que se presenta en la película *Fire*, especialmente bajo la figura del matrimonio que consolida a una mujer abnegada que, sin tener en cuenta sus propias convicciones o su satisfacción con la misma relación de pareja, debe cumplir con tradiciones tales como el ayuno, que aseguran la iluminación espiritual de su esposo.

Ante esta dificultad sistémica para posicionar como conflictos sociales la violencia simbólica contra la mujer o la censura e invisibilización que produce el mismo erotismo prohibido, función que muchas veces cumplen sistemas como el arte a través de la politización que generan films como *Boys Don't Cry* y *Fire*, la teoría de Bourdieu resulta imprescindible, pues, a partir de su concepto de sistema simbólico, en tanto instrumento de conocimiento y comunicación, es posible comprender las lógicas del poder simbólico que relega la visión luhmanniana de sistema político y que resultan vitales para el análisis de las relaciones de poder en la sociedad.

El poder simbólico desde la perspectiva de Bourdieu se configura como un poder de «construcción de la realidad que aspira a establecer un orden gnoseológico» (Bourdieu, 2000: 91-92), lo que permite entender el erotismo prohibido como un mecanismo estructurado que, al determinar la consciencia creadora de los sujetos, se erige en un mecanismo estructurante de relaciones de poder que, al hallarse acoplado al establecimiento de un orden gnoseológico, proporciona un sentido inmediato a la sexualidad, definido desde la disciplina heteronormativa.

Es por esta razón por la que el erotismo prohibido se constituye en un instrumento de integración social que, al articular conocimiento y comunicación, permite generar *consensus* sobre el sentido de la sexualidad y asegurar la reproducción del orden social al definir los términos y condiciones de la socialización y el despliegue de la consciencia creadora bajo símbolos particulares, determinados históricamente por las subjetividades patriarcales que, amparadas bajo un determinismo biológico, regulan las relaciones entre los sexos, la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo. De esta manera, los sistemas simbólicos en los que el erotismo prohibido se halla inserto cumplen su función política, en tanto «instrumentos de imposición o de legitimación de la dominación, esto es, a la “domesticación de los dominados”» (Bourdieu, 2000: 94).

Estas subjetividades patriarcales, que autores como Guasch (2000: 16-19) o Velandia (2006: 308-310) han calificado como falocéntricas (generando toda una discusión académica alrededor de esta definición totalizante), son reproducidas a través de las distintas instituciones sociales en las que circulan sistemas simbólicos que aseguran una integración lógica orientada a un alineamiento moral en torno a la disciplina heteronormativa, que por tanto no estaría configurada por una única forma de patriarcalidad ni representaría el código simbólico determinante de una sociedad, lo que impide definir una comunidad humana exclusivamente en términos patriarcales.

Siguiendo a Bourdieu, se puede afirmar que las distintas clases y fracciones de clase que promueven estas subjetividades patriarcales, junto a las clases y fracciones de clase que reivindican discursivamente y/o en la práctica expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo, invisibilizadas y censuradas bajo el mecanismo del erotismo prohibido, se encuentran dentro de ellas mismas y con las subjetividades que aparecen como su contrario, en una permanente lucha por imponer prácticas estéticas/rituales propias o su definición de la sexualidad, y con ello transformar la definición del mundo social de acuerdo con sus intereses y posiciones ideológicas, reproduciendo de esta manera, bajo una forma transfigurada, un nuevo campo de posiciones sociales o el fortalecimiento y aseguramiento del existente (Bourdieu, 2000: 94).

En definitiva, examinar el erotismo prohibido desde la perspectiva del poder permite no solo comprender la sexualidad desde una perspectiva política, ausente en ocasiones en los trabajos sobre esta temática, sino que también posibilita la identificación del alcance y limitaciones de algunas de las teorías del poder, que no siempre resultan pertinentes para analizar ciertos aspectos de la realidad social, a pesar de su riqueza conceptual y su rigurosidad teórica.

Desde esta perspectiva, parafraseando a Foucault, el erotismo prohibido tiene un carácter de bisagra que permite comprender los vínculos entre el Estado, la familia, el espacio de lo público, el ejercicio del poder y la subjetividad individual, lo que comúnmente se denomina dimensión inmaterial de la sexualidad y que constituye el eje de consolidación de la biopolítica, al permitir la formación de la subjetividad, construida a partir de un «repertorio del contenido formal» (Foucault, 1986: 32-33), esto es, un canon de la sexualidad, fuera del cual hay formas patológicas y amenazadoras de la normalidad (Foucault, 1977: 54).

Es así como el erotismo prohibido alude a una tecnología del yo promovida por un discurso de la sexualidad orientado a la función reproductora centrada en la familia como núcleo de la sociedad; por ello la construcción del sujeto, individual y colectivo, a partir de mecanismos como el del erotismo prohibido, se halla inscrito en formas y lógicas propias de un poder moderno que simultáneamente totaliza e individualiza, frente al que aparecen luchas de resistencia que tratan de emanciparse y, en casos como los de la comu-

nidad LGBTI, negociar una disciplina heteronormativa y todas las escisiones y abstracciones en las que se basa su dominación.

## **7. Conclusión**

El recorrido teórico-conceptual realizado a lo largo del presente artículo por las principales teorías del poder permite constatar que el erotismo prohibido es un mecanismo estructurado y estructurante de relaciones de poder propio de la sociedad sexualmente heteronormativa, cuyo ejercicio por parte de actores individuales y colectivos se manifiesta en tres dimensiones, que son el proceso decisional, el ámbito relacional concreto y la producción del sentido de la praxis.

Este mecanismo se inscribe en un código de normalización, construido desde una definición de sexualidad a partir de la función reproductiva, que configura prácticas discursivas que obedecen a reglas que convierten el sexo en «un arte de la existencia» (Foucault, 1986: 13-14). Es así como el erotismo prohibido se impone a través de la invisibilización y censura de las expresiones, actitudes, saberes y prácticas acerca de la corporeidad, la identidad sexual, el género y el deseo que no se inscriban en la disciplina heteronormativa. Para ello, despliega una serie de prácticas punitivas que obedecen al dispositivo de poder asociado a la heteronormatividad que, apartándose de la problematización de los placeres a través de las prácticas de sí (fundamentadas en la estética de la existencia) (Foucault, 1986: 15), impone a partir del código normal/anormal una naturalización de la técnica de subjetivación que representa la heterosexualidad, generando una serie de sistemas simbólicos heteronormativos subyacentes principalmente en los medios de organización trascendente, centralizado-territorial y concentrado-coercitivo.

## **Referencias bibliográficas**

- BOURDIEU, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer – Palimpsesto, 2000.
- BOURDIEU, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Madrid: Montessor, 2002.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México D. F.: Paidós, 2001.
- CONSEJO EDITORIAL. «De naturaleza gay». *Revista Acento* 1(I) (1997): 12-18.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Vol. I. Madrid: Siglo XXI Editores, 1977.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. El uso de los placeres*. Vol. II. Madrid: Siglo XXI Editores, 1986.
- FOUCAULT, Michel. *El sujeto y el poder*. Bogotá: Carpe Diem Ediciones, 1991.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- GUASCH, Òscar. *La crisis de la heterosexualidad*. Barcelona: Laertes, 2000.

- MANN, Michael. *Las fuentes del poder social. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.* Tomo I. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- MARCUSE, Herbert. *El hombre unidimensional*. México D. F.: Joaquín Mortiz, 1968.
- MORALES DE SETIÉN RAVINA, Carlos. «Bourdieu: la realidad no visible de la racionalidad formal». In *La fuerza del Derecho: Pierre Bordieu y Gunther Teubner*, 59-76. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, 2000.
- MÚNERA RUÍZ, Leopoldo. «Las relaciones de poder». In *Constitución, gobernabilidad y poder*, Alejo Vargas Velasquez (ed.), 11-26. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Universidad Industrial de Santander, 1996.
- MÚNERA RUÍZ, Leopoldo. «Poder (Trayectorias teóricas de un concepto)». *Revista Colombia Internacional* 62 (2005): 32-49.
- SPINOZA, Baruch. *Tratado teológico-político*. Madrid: Editorial Tecnos, 1985.
- SPINOZA, Baruch. *Tratado Político*. Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- TORRES NAFARRETE, Javier. *Luhmann: la política como sistema*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- VELANDRIA MORA, Manuel Antonio. «Identidades sexuales móviles. El derecho a estar siendo o la posibilidad emocional, teórica y experiencial de comprender las masculinidades en las Minorías Sexuales». In *Saberes, culturas y derechos sexuales en Colombia*, Mara Viveros Vigoya (ed.), 295-319. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 2006.
- VISENTIN, Stefano. «Potencia y poder en Spinoza». En *El poder. Para una historia de la filosofía política moderna*, Giuseppe Duso (ed.), 113-124. México D. F.: Siglo XXI Editores, 2005.